

Empezamos a subir por una carretera entre montañas peladas de arenisca ocre hasta llegar al aparcamiento de autobuses y al control para entrar a hacer la primera visita del día: el Valle de los Reyes. Tras montar a un trenecillo que nos subió montaña arriba un par de kilómetros, visitamos las tumbas de Ramsés IX, Ramsés III y Merenptah II (hijo de Ramsés II). Las dos primeras son, al parecer, las de mayor mérito artístico, y las policromías de los grabados de sus paredes son las mejor conservadas. Las tumbas presentan una estructura similar: una larga galería, dividida en dos o tres sectores, que conduce al templo subterráneo, y que consta de varias salas y cámaras para las ofrendas. Y por último, en lo más hondo, la sala del sarcófago y capillas con el tesoro. La característica principal de las tres es que hay que bajar y subir encorvados, y que son bastante profundas, lo que nos produjo agujetas a más de uno.

La contemplación de aquella montaña de piedra arenisca, toda de color ocre-amarillento, sin nada de vegetación y horadada por cuantiosas tumbas, cuyas entradas son más que discretas, es algo impresionante. Un apunte interesante: gracias al madrugón pudimos verlas con comodidad, porque cuando acabamos... estaba todo abarrotado de turistas. Dada la escasa capacidad de las tumbas, hubiéramos tardado horas en poder visitarlas de haber llegado una hora más tarde.

Abandonamos el Valle de los Reyes, no sin sufrir antes a los agobiantes vendedores que, a centenares, se te pegan como una lapa y no hay forma de quitárselos de encima. Y, desde luego, tras pasar por los servicios de WC pagando cinco libras egipcias cada persona (veinte céntimos de euro) para poder evacuar.